

Juan Miguel Araya Corraliza

Facultad de Humanidades

Universidad de Huelva

ORCID: 0009-0004-4531-2443

juanmiguel.araya@alu.uhu.es

La dimensión devota del *Viaje a Oriente* de fray Diego de Mérida: «Itinerarium ad Loca Sancta»

The devotional dimension of Brother Diego de Mérida's *Journey to the East*: «Itinerarium ad Loca Sancta»

Resumen: Fray Diego de Mérida embarcó en 1507 en la ciudad de Venecia con el firme propósito de peregrinar a Tierra Santa y concluyó su periplo, o al menos su narración, en 1512 en la isla de Creta. El viaje nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia, donde se nos ha mostrado como algo íntimamente ligado al perfeccionamiento del espíritu que une al hombre, incluso en su búsqueda, con Dios. En el ámbito cristiano encontramos este afán de mejora en las Sagradas Escrituras, vinculado con distintas figuras bíblicas de enorme importancia simbólica, en tanto que son presentadas como peregrinos de la vida que buscan perfeccionar su unidad con Dios. Esta dimensión no se limitaba a las personas, ya que la geografía también jugaba su papel en las peregrinaciones, dada la importancia que el santuario tenía como destino. Los lugares que habían sido testigos de la presencia divina se erigían como foco de atracción para los peregrinos, deseosos de impregnarse de dicha divinidad.

Palabras clave: peregrinación, Tierra Santa, libros de viaje, reliquias, fray Diego de Mérida.

Abstract: In 1507, Fray Diego de Mérida embarked in Venice with the firm intention of making a pilgrimage to the Holy Land and concluded his journey – or at least his narrative – in 1512 on the island of Crete. The journey has accompanied us throughout our history, where it has been shown to us as something intimately linked to perfecting the spirit that unites humankind, even in its quest with God. In the Christian sphere, this desire for improvement in the Holy Scriptures is linked to various biblical figures of enormous symbolic importance as they are presented as pilgrims of life who seek to perfect their unity with God. This dimension was not limited to individuals, as geography also played a role in pilgrimages, given the shrine's importance as a destination. Places that had witnessed the divine presence were a focus of attraction for pilgrims eager to be imbued with that divinity.

Keywords: pilgrimage, Holy Land, travel books, relics, Brother Diego de Mérida.

La mayor parte de los datos que conocemos sobre fray Diego de Mérida proceden de su obra, y pocos más son los que nos han llegado, más allá del de su muerte, cuya noticia recoge con laconismo Germán Rubio: «Fray Diego de Mérida, muerto en 1518; que, habiendo visitado la Tierra Santa, escribió un tratado sobre ella»¹. A partir de este texto, cabe suponer que fuera natural de Mérida, la ciudad que acompañaba a su nombre de fraile y que habría adoptado, como era común, cuando profesó en la Orden de San Jerónimo. Para cuando afrontó su viaje a Tierra Santa, fray Diego pertenecía a la comunidad del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. La orden jerónima se había hecho cargo en 1389 de la gestión del mismo, cuando Juan Serrano delegó sus funciones de prior en fray Fernando Yáñez de Figueroa, del que «vimos lo mucho que en el edificio material y espiritual de aquel santuario trabajó con manos, ingenio, exemplo»². De este modo, los jerónimos rigieron el monasterio de Guadalupe durante cuatrocientos sesenta y tres años, alcanzando un notable éxito, que se vio además favorecido por sus buenas relaciones con los Reyes Católicos, habituales invitados de la hospedería real, así como con otros poderosos señores que los favorecieron y contribuyeron a su fama, que también conoció la época de fray Diego:

En vida de Doña Teresa Enríquez (1450?-1529), hallábase el Monasterio de Guadalupe en el período quizás más glorioso de su historia: munificentísimamente favorecido por D. Juan II, Enrique IV, y, sobre todo, por los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, «de grande e gloriosa memoria» que dice el Libro de *Actas Capitulares* del Monasterio, y su nieto Carlos V que imitó en este punto la generosidad de sus abuelos. Aparte de esto, toda la nobleza española tiene su recuerdo en este célebre Santuario³.

En ese contexto guadalupense es donde cobra sentido pleno el *Viaje a Oriente*, que ha de entenderse como una misiva que fray Diego envió a sus hermanos por medio de Marcos Salvadó, mercader gaditano, y que iba acompañada de reliquias y otros recuerdos que servirían para ilustrar sus impresiones⁴. Comenzaba, pues, su viaje en los turbulentos tiempos de Juana I de Castilla, apoyada en la regencia de su padre, lo que sitúa el inicio de la empresa incluso antes del dominio otomano en Palestina, que comenzaría en 1516, cuando tras la batalla de Alepo los otomanos derrotaron a los mamelucos. Con ello, los ejércitos de Selim tomaron el control de la región de Siria y comenzaría la conquista de Egipto, «donde determinó dexar por gobernador a Cayarbeyo en satisfacción de la trayción hecha en la batalla de Alepo contra el Soldán

¹ G. Rubio Cebrián, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, o sea: apuntes históricos sobre el origen, desarrollo y vicisitudes del Santuario y Santa Casa de Guadalupe*, Barcelona 1926, p. 279.

² J. de Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, vol. 2, libro cuarto, Madrid 1907, p. 167.

³ C. G. Villacampa, *Grandezas de Guadalupe. Estudios sobre la historia y las bellas artes del gran monasterio extremeño*, Madrid 1924.

⁴ S. García, «Fray Diego de Mérida: un viajero español al oriente del siglo XVI», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año 4, 1968, p. 120.

su señor»⁵. Sin embargo, a lo largo del texto fray Diego hace referencia a la presencia de turcos, especialmente mercaderes, en El Cairo y Alejandría, así como menciona las tensiones entre Rodas y el Imperio otomano. Ese conflicto llegó a su punto culminante con el sitio de 1522, que sirvió para poner fin a la presencia de las órdenes militares en la isla y de este modo controlar el Mediterráneo, asegurando la conexión entre Constantinopla, El Cairo y el Levante⁶.

A esta primera etapa del viaje, desde Venecia a Chipre, dedicó fray Diego los dos primeros capítulos de su carta, pasando de puntillas por la etapa veneciana. Ya en ese momento podemos ver que es poseedor de un notable ingenio, que le permitió valerse de sus contactos para viajar a Chipre acompañando al embajador del Sultán, Taghribirdi, con quien se reencontró posteriormente en Egipto. Conviene recordar que, a pesar de las hostilidades, existían relaciones comerciales entre Venecia y los turcos, pues no dejaban de ser dos potencias marítimas que chocaban en las islas del Egeo, Peloponeso y Chipre, aunque también compartían intereses económicos⁷. Además, no hizo el viaje con las manos vacías, ya que desembarcó en Nicosia con una carta de recomendación que le aseguró comida y techo en la casa del sobrino del prior de Chipre, que no era otro que el superior de la Orden de San Juan de Jerusalén, que se había establecido en la isla tras la caída de San Juan de Acre en 1291⁸. Por las fechas podemos conjeturar quién podría ser el autor de dicha carta de recomendación: en 1507 el gran maestre de la orden era Emery d'Amboise, perteneciente a una noble familia francesa, y que ejerció su priorazgo desde 1503 a 1512⁹.

Es de vital importancia hacer referencia a la presencia de la orden en Chipre, que tras la autorización de Andrónico II Paleólogo se asentó en la isla y reconquistó los últimos núcleos de resistencia sarracena constituyéndose en un pequeño Estado sustentado en su poderío naval, al tiempo que salvaguardaba Chipre, esencial punto de encuentro entre las rutas de Occidente y de Oriente. Demuestra fray Diego, al no comentar nada sobre Venecia ni sobre el trayecto marino por el Adriático, el Jónico y el Egeo, que su particular interés es narrar a sus hermanos exclusivamente los pormenores de la Tierra Santa más que componer un libro de viajes al uso. Cuando comparamos esta omisión con otros testimonios de la época que sí dan cuenta de las penurias que implicaban navegar por el Mediterráneo, podremos extraer la conclusión de que fray

⁵ J. Ochoa de la Salde, *Primera parte de la Carolea Inchiridion, que trata de la Vida y Hechos del Invictísimo Emperador Don Carlos Quinto de este Nombre, y de muchas notables cosas en ella sucedidas hasta el Año de 1555*, Lisboa 1585, p. 97.

⁶ M. Fuertes de Gilbert Rojo, «La religión de San Juan: de la pérdida de Rodas al asentamiento en Malta (1522-1530)», en: *La Orden de Malta en España (1113-2013)*, vol. 1, eds. J. Alvarado Planas y J. de Salazar Acha, Madrid 2015, pp. 329-351.

⁷ E. Menéndez Pérez, *Las rutas de la sal*, La Coruña 2008, p. 169.

⁸ J. Riley-Smith, *Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus*, Londres 1967.

⁹ C. Savona-Ventura, *Biographies : Ordo Sancti Lazari Hierusalem. Grand Maîtres, Protecteurs & Administrateurs*, San Gwann 2016, p. 57.

Diego de Mérida consagró la narración de su peregrinación a la dimensión más religiosa, al contrario de otros viajes de carácter mundano o promocional¹⁰.

Un ejemplar de este viaje a Oriente de Diego de Mérida se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid¹¹. Si bien, el primero en afrontar su edición fue Antonio Rodríguez-Moñino, quien decidió rescatar del olvido la obra de fray Diego en el número de la revista *Analecta Sacra Tarraconensia* correspondiente al año 1945¹². Para nuestras citas posteriores nos hemos servido de esta versión.

«Itinerarium ad Loca Sancta»

El viaje es el rito que rompe con la cotidianidad y que lanza al individuo hacia la inseguridad de lo desconocido, la aventura de llegar a tierras extrañas que nos revelan nuevas costumbres, idiomas y paisajes. Al mismo tiempo el viaje representa una conquista, la del deseo¹³, ya que invita a conocer aquellos lugares que se han imaginado o sobre los que se ha leído. También hay espacio para la reflexión y el conocimiento de uno mismo, cuyo resultado final conduce a la alteridad, aportada por el viaje al viajero. La peregrinación representa la búsqueda espiritual del viajero que busca iniciarse en lo trascendente y transformarse, siguiendo el ejemplo de las Sagradas Escrituras para encontrar a Dios, pues en ellas se muestra a Abraham como el primer caminante: «Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia, y salió sin saber a dónde iba» (Hebreos, 11:8).

Más allá del viaje en general, la peregrinación presenta una motivación clara y persigue un fin concreto, por lo que el peregrino es un viajero consciente y voluntario que al mismo tiempo que realiza un viaje externo, destinado a encontrar lo sobrenatural en un lugar físico, emprende también un viaje interno que responde a la devoción. Cada etapa está consagrada a una hierofanía previamente señalada en los itinerarios. La recompensa por tan arduo sacrificio es, pues, de naturaleza redentora: la expiación de los pecados, mediante indulgencia plenaria, y la sanación espiritual o corporal. De entre todas las prácticas piadosas mediante las cuales el hombre buscaba exaltar su relación con Dios durante

¹⁰ *Imagen del mundo. Seis estudios sobre la literatura de viajes*, ed. E. Navarro Domínguez, Huelva 2014, p. 12.

¹¹ D. de Mérida, *Tratado Muy devoto del viaje e misterios de la Tierra Santa de Jerusalén e del Monte Sinay, Según lo Recuentan dos Religiosos sacerdotes Dela Orden del Glorioso Maestro y doctor dela yglesia Padre san Gerónimo, Professos desta Santa Cassa e monesterio de nra. S.^a Santa María de Guadalupe. En el qual se contienen muchas cossas de gran devoción para Consolación de las Ánimas Devotas*. BNE, mss. 10 883.

¹² A. Rodríguez-Moñino, «Viaje a Oriente de Fray Diego de Mérida», *Analecta Sacra Tarraconensia. Revista de ciènces historicoeclesiàstiques*, núm. 18, 1945, pp. 115-187.

¹³ S. González Rodríguez y M. Smith, «El viaje... una metáfora de la alteridad», en: *III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G.*, Temuco 1998, p. 477.

la Edad Media, la peregrinación ocupaba un lugar determinante y decisivo. En general, podemos entenderla como el viaje, tanto individual como colectivo, iniciado con el propósito de visitar un lugar santo, dotado de la gracia y protección divina al haber sido escenario de un hecho en concreto. De este modo, dicho viaje persigue varios objetivos que no son excluyentes y se concretan, por un lado, en la visita de los Santos Lugares y, por otro, en el culto a las reliquias¹⁴. El peregrino, a medida que visitaba los escenarios milagrosos y contenedores de aquellos preciados objetos, ocupaba los espacios sagrados escogidos por la presencia divina para manifestarse¹⁵, dotando así a su viaje de una dimensión religiosa que, al mismo tiempo, ejercía de garante para la difusión propagandística de la institución religiosa.

La peregrinación está presente en casi todas las religiones. En el ámbito cristiano, hemos de referirnos al Edicto de Milán del año 313 que, bajo el liderazgo del emperador Constantino I el Grande y Licinio, emperador romano de Oriente, estableció la libertad religiosa en el Imperio romano, favoreciendo de este modo la expansión del culto cristiano¹⁶. El texto establecía lo siguiente:

Habiendo advertido hace ya mucho tiempo que no debe ser cohibida la libertad de religión, sino que ha de permitirse al arbitrio y libertad de cada cual se ejercite en las cosas divinas conforme al parecer de su alma, hemos sancionado que, tanto todos los demás, cuanto los cristianos, conserven la fe y observancia de su secta y religión... que a los cristianos y a todos los demás se conceda libre facultad de seguir la religión que a bien tengan; a fin de que quienquiera que fuere el numen divino y celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro imperio. Así, pues, hemos promulgado con saludable y rectísimo criterio esta nuestra voluntad, para que a ninguno se niegue en absoluto la licencia de seguir o elegir la observancia y religión cristiana. Antes bien sea lícito a cada uno dedicar su alma a aquella religión que estimare convenirle¹⁷.

Para el cristianismo de la época, era una llamada a buscar las huellas de Jesús y sus discípulos, siguiendo así el ejemplo de padres de la Iglesia como Orígenes o san Jerónimo, cuya peregrinación animó a los demás peregrinos a viajar en busca de los enclaves relacionados con el ministerio de Jesús. Veinte años después del edicto, en el 333, surge el considerado primer itinerario cristiano de peregrinación a Tierra Santa, el *Itinerarium Burdigalense*, de autor anónimo, y que inauguró no solo una larga tradición de viajes, sino también una metodología o esquema que se encargaba de anotar los lugares que se visitaron

¹⁴ M. L. Martín Ansón, «Importancia de las reliquias y tipología de relicarios en el Camino de Santiago en España», *Anales de la Historia del Arte. Homenaje al Prof. Dr. D. José María de Azcárate*, núm. 4, 1993-1994, p. 793.

¹⁵ A. Vauchez, *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*, trad. P. Iradiel, Madrid 1985, p. 122.

¹⁶ *Urbs Beata Hierusalem. Los viajes a Tierra Santa en los siglos XVI y XVII*, ed. V. de Lama de la Cruz, Madrid 2017, p. 25.

¹⁷ J. C. Rivera Quintana, *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*, Madrid 2009, p. 21.

durante la jornada, además de señalar los monumentos y hechos significativos que acontecieron en aquellas ciudades por las que transitaban. Entre los años 380 y 384 la monja Egeria emprendió un viaje con el mismo destino, Jerusalén, componiendo así el *Itinerarium Egeriae*.

En el marco de una época en la que, gracias al emperador Constantino I, el cristianismo estaba sentando sus bases en Occidente, dichos viajes han de entenderse como vitales actos de fe que ayudaron a reforzar al mismo tiempo los lazos geográficos con el escenario del Antiguo y el Nuevo Testamento. Es decir, el deseo de visitar dichos lugares encuentra su origen en revivir dichos acontecimientos, reafirmando así la fe cristiana. Sin embargo, era necesario dotar aquellas primeras peregrinaciones de una naturaleza esencialmente devota, lo que no siempre se cumplía. Como señala Joseph François Michaud:

Multiplicábanse sin cesar al espirar el siglo IV las peregrinaciones a Jerusalén, y no era siempre la piedad su invariable norma, pues aquellas largas correrías acarreaban a las veces el relajamiento de la disciplina cristiana y el desarreglo de las costumbres, y muchos doctores de la Iglesia pronunciaron elocuentes palabras manifestando los abusos y los peligros de las peregrinaciones a Palestina¹⁸.

A lo largo de los siglos el peregrino buscaba cumplir, con su obra, una imitación de Cristo, en el sentido de exponerse a toda suerte de peligros y fatalidades, siendo blanco del maltrato de los musulmanes y de las bravas aguas del Mediterráneo. Finalmente, a modo de expiación, llegaba el consuelo de postrarse ante las piedras que fueron escenario de la vida y milagros del Salvador. Recorrer las estaciones de la Pasión constituía un evento de significación tanto para el peregrino como para el lector, por lo que estos libros servían, por su naturaleza catártica, como instrumentos de devoción. El humanista valenciano Juan Luis Vives, además de desaconsejar los libros de caballería y de alcahuetería para la instrucción de las mujeres, recomendó los relatos de peregrinación de los santos viajeros, es decir, textos de aquellos religiosos que emprendieron el viaje persiguiendo una finalidad devota, representando la búsqueda del *homo viator*:

Porro quinam libri sint legendi (nam hoc quaerat aliquis) de quisdam nemini non constat, velut Evangeliiis Domini, de Apostolicis tum actis, tum Epistolis, de historicis et moralibus Veteris Instrumenti, de Cypriano, Hyeronymo, Augustini, Ambrosio, Chrysostomo, Hilario, Gregorio, Boethio, Fulgentio, Tertulliano, Platone, Cicerone, Seneca et similibus¹⁹.

¹⁸ J. F. Michaud, *Historia de las Cruzadas*, trad. G. Amado Larrosa, Barcelona 1855, p. 4.

¹⁹ J. L. Vives, *De institutione feminae christianae liber primus*, eds. C. Fantazzi y C. Mattheussen, trad. C. Fantazzi, Leiden 1996, p. 50. Esto es: «Tal vez alguien me pregunte qué libros se han de leer. Nadie ignora el nombre de algunos títulos, como los Evangelios del Señor, los Hechos de los Apóstoles y sus Epístolas, los libros históricos y morales del Antiguo Testamento, las obras de san Cipriano, san Jerónimo, san Agustín, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Hilario, san Gregorio, Boecio, san Fulgencio, Tertuliano, Platón, Cicerón, Séneca y otros similares».

Dimensión devota del *Viaje a Oriente*

Chad Leahy apeló a la «retórica del deseo» para abordar las diferentes dimensiones que envolvían el viaje del peregrino, siendo el fin del mismo materializar una serie de objetivos que apelan a fomentar la devoción del lector, a recurrir los beneficios espirituales que proporciona la peregrinación, estimular las limosnas de los posibles dadores para proteger los Santos Lugares y, por último, conseguir el apoyo de los más poderosos, los reyes²⁰. El anhelo de la «Patria Celestial» hace que la vida del fiel cristiano, exiliado terrestre, alcance la alegoría de vida como peregrinación²¹. Por tanto es necesario acometer la peregrinación histórica para completar así la peregrinación vital, lo que dotaba al género de viajes de un marcado carácter devoto. Para ello, el lector debe asimilar como propias las experiencias del peregrino, inoculando así la fe y el deseo de consumir la peregrinación o, lo que es lo mismo, efectuando una *imitatio peregrini*. Así expresó Antonio del Castillo su deseo de insuflar en el lector el anhelo por visitar los Santos Lugares:

escribo sencillamente lo que vi, porque no te detengas (Cristiano Lector) à ponderar lo que lees; sino que camines con devoción, considerando lo que mis palabras significan. (...) Ojalà te determinàras à vèr aquella Tierra Santa. Ojalà te inspiràra Dios, que visitases, con Suma devocion los Lugares de su Nacimiento, criança, predicacion, Sepultura, y Ascensión a los Cielos. (...) Si buscas curiosidades, no passes adelante. Si devocion, prosigue²².

Estas escaseces, pobreza y penalidades fueron reconocidas por Jacques Mislin, que las identificó como catalizadores de la salvación de las almas. El peregrino, «pobre y desgraciado», no encuentra la felicidad en las ciudades que va visitando, sino en sus propias privaciones, que conforman una miseria placentera que se alimenta del calor, el peligro del mar, el hambre o la tempestad²³. Mas el cénit que coronaba la peregrinación a Jerusalén se encontraba en experimentar la Pasión del Redentor, al recorrer las estaciones y sentir como propios los castigos que le fueron infligidos, culminando ante el Santo Sepulcro: «Antes que la puerta se abra, está la plaza que hay delante della toda llena de cristianos (*imirabilis Deus!*), que esperan a ganar las indulgencias»²⁴.

²⁰ C. Leahy, «La retórica del deseo en los relatos de viaje a Tierra Santa», *Criticón*, núm. 128, 2016, p. 86.

²¹ L. de Granada (O. P.), *Sermones de tiempo*, vol. 8, trad. P. Duarte, Madrid 1791, p. 89.

²² [A. del Castillo], *El devoto peregrino, viage de Tierra Santa. Compuesto por el R. P. Fr. Antonio del Castillo. De la Orden de los Menores, Predicador Apostolico, Guardian de Belen, Padre de la Provincia de S. Juan Bautista, y Comissario General, que fue de Jerusalem, en los Reynos de España*, Madrid 1705, s./p. (pero de la introducción).

²³ J. Mislin, *La Tierra Santa. Peregrinación á Jerusalén, pasando por Austria, Hungría, Slavonia, provincias del Danubio, Constantinopla, Archipiélago, Líbano, Siria, Alejandria, Malta, Sicilia y Marsella*, Barcelona 1854, p. 88.

²⁴ A. Rodríguez-Moñino, *op. cit.*, p. 131.

Ante el peligro de caer en peligrosa profanación, fray Diego se excusó por celebrar misa en distintos escenarios de devoción, como muestra de su pequeñez ante la figura del Salvador: «Cuando quieren decir misa sobre el Sancto Sepulcro, ponen un altar portátil muy ligero de poner y quitar e allí celebramos los peregrinos. E aunque indigno, allí celebré; y en el Monte Calvarie»²⁵. Del mismo modo, según contó el fraile extremeño, se celebraba misa en un altar portátil en la huerta del Bálsamo, «et no se escandalizan los moros, porque así es costumbre vieja confirmada por todos los soldanes»²⁶.

A fray Diego le sorprenden distintas exaltaciones devotas por parte de los fieles de las distintas iglesias cristianas. En primer lugar llamó su atención el proceder de las mujeres sirianas, esto es, las cristianas de Jerusalén, que arrancaban a «besar e reverenciar el Sancto Sepulcro *est veritas* que parece que ven a Cristo en él, haciendo tanto planto, dando tantos gemidos que en verdad estábamos *quasi in extasi*»²⁷; los orientales, ofrecían mechones de su cabello como *exvoto* y los introducían entre las oquedades de la capilla de santa Elena; los indianos o etíopes, los cuales «celebran en verdad muy devotamente e hacen grandes cerimonias»²⁸; y los godos o coptos, que «siempre celebran con pies descalzos»²⁹.

Difícilmente podemos imaginar un mejor escenario para llevar a cabo la devoción a los misterios de la infancia de Jesucristo, la cual recibe el nombre de Niño Jesús, que la dicha gruta de la Natividad. No hay que olvidar que en las Sagradas Escrituras se insta a los cristianos a ser como niños ante Dios, reconociendo así su pequeñez e ignorancia para purificar sus corazones: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mateo 18:3). A esta devoción contribuyó en gran medida san Antonio de Padua, al que la iconografía lo representa con el Niño en sus brazos, además de un lirio blanco y un libro. Esto es debido al relato que cuenta que el conde Tisso avistó en una ocasión a san Antonio portando al Niño Jesús, por lo que su figura quedó asociada a dicha imagen³⁰. Por tanto, los peregrinos también experimentaban una suerte de recreación del nacimiento de Cristo:

Dentro desta subterránea capilla, como dije, está en el cielo della un agujero, en señal a do apareció el estrella sobre Cristo *et magi gavisí sunt* etcétera. Arriba en la iglesia, a un lado derecho del altar, está otro altar a do Cristo fue circuncidado et al otro lado

²⁵ *Ibidem*, p. 132.

²⁶ *Ibidem*, p. 161.

²⁷ *Ibidem*, p. 131.

²⁸ *Ibidem*, p. 134.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ [M. de Acevedo], *Vida del taumaturgo portugués san Antonio de Padua, escrita en italiano por el abate don Manuel de Acevedo, natural de Coimbra; con noticias y observaciones críticas, sacadas de más de cien vidas del santo, y de los documentos originales y auténticos, que el autor ha leído para escribir esta; traducida al español por un devoto del santo*, Madrid 1790, p. 349.

izquierdo está otro altar a do fue adorado de los magos. Está allí luego la sepultura de los inocentes³¹.

Las prácticas de penitencia más extendidas entre los peregrinos giraban en torno a la *imitatio Christi*, especialmente inculcadas entre aquellos que pertenecían a las diferentes órdenes religiosas. Por tanto, una vez comprobada la devoción al Niño Jesús, no es de extrañar el papel del Cristocentrismo como elemento capital de las devociones y prácticas en la vida cotidiana de las personas de fe³². Esto se manifestaba en el hecho de servir al prójimo y en aceptar y perdonar la humillación, imitando así el sufrimiento al que Jesucristo fue sometido en la cruz, una muerte reservada a los más miserables de los criminales, como aconsejó el apóstol Pablo:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2:5-8).

Los peregrinos asimilaban la humillación y en ella veían presente el sufrimiento del Salvador, al mismo tiempo que dicha experiencia evocaba también el sufrimiento de los mártires y santos. Pero no todo el sufrimiento venía en forma de privaciones y pobreza, pues no eran pocas las ocasiones en las que los peregrinos eran testigos de escenas sacrílegas y profanaciones que se sumaban a los malos tratos y humillaciones que habían de aguantar con estoicismo. Todavía en los montes de Judea, fray Diego hubo de resignarse ante el sacrilegio cometido en la iglesia de san Juan: «Empero vi una cosa con gran dolor: que los árabes cada noche meten dentro sus camellos, e, aunque el suelo está enlosado, es tanta la inmundicia cuanta está en la carnicería o acemilería de esa casa de Guadalupe, que apenas podemos entrar sino poniendo pasaderas»³³. La profanación es una ofensa muy grave que implica la contaminación de un espacio sagrado y que reproducía una actitud de conquista y sometimiento. Sirvan como ejemplo las siguientes palabras de Lama de la Cruz en el marco de las cruzadas, tras la recuperación de Jerusalén, Nazaret, Sidón, Jaffa y Belén a manos cristianas: «Así terminó la Sexta Cruzada, hasta que, en 1244, unos guerreros tártaros procedentes del centro de Asia –jorezmitas o corasmianos– volvieron a arrasar la ciudad santa, matando a numerosos cristianos y profanando sus santuarios, a la vez que expulsaron a todos los judíos»³⁴. En este

³¹ A. Rodríguez-Moñino, *op. cit.*, p. 137.

³² F. L. Rico Callado, «La *imitatio Christi* y los itinerarios de los religiosos: hagiografía y prácticas espirituales en la vocación religiosa en la España moderna», *Hispania Sacra*, vol. 65, núm. extra 1, 2013, p. 129.

³³ A. Rodríguez-Moñino, *op. cit.*, p. 139.

³⁴ *Urbs Beata Hierusalem*, *op. cit.*, p. 48.

sentido, las tropelías que llevaban a cabo los llamados «alárabes» impidieron a fray Diego de Mérida disfrutar del monasterio de San Juan en el desierto, ya que a causa de ellos, «está agora deshabitado»³⁵. Del mismo modo, cuando describe el monasterio de San Jerónimo, hizo alusión a una profanación: «No hay mesa, que todo lo han robado los árabes, et algunas imágenes están vituperadas por los rostros de aquellos árabes»³⁶.

El cristiano está llamado a ser generoso y a mostrar misericordia con los necesitados sin esperar por ello retribución, imitando así la bondad de Dios. El *Deuteronomio* pide consideración para «el extranjero, para el huérfano y para la viuda» (*Deuteronomio* 24:19), y en el *Nuevo Testamento* se concretó la práctica de la limosna como muestra de la verdadera integridad cristiana: «si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme» (*Mateo* 19:21). Siguiendo el ejemplo, los peregrinos dejaban limosnas para el mantenimiento de los Santos Lugares, lo que implicaba también el alojamiento y sustento de los frailes custodios, que delegaban en la figura del procurador para recoger dichas limosnas y administrarlas³⁷. Antonio del Castillo dejó constancia de este acto caritativo que servía para financiar el mantenimiento de los espacios sagrados:

Siempre se ha juzgado, y tiene por muy cierto el ser de muy gran merecimiento el hacer limosna á conventos y á comunidades, porque con ellas, no solo se hace limosna á pobres de espíritu, sino que se hace uno participante de todas las buenas obras y merecimientos de los religiosos de aquel convento, misas, oraciones, ayunos, disciplinas, y los demas ejercicios santos y meritorios³⁸.

A lo largo del viaje de fray Diego, en no pocas ocasiones, se hace patente este ejercicio de patrocinio. El primer ejemplo de ello que podemos encontrar es el hospital de cristianos que había en Rama, regentado por franciscanos a partir de las limosnas de los generosos peregrinos y de notables dimensiones: «cabrán en él más de seiscientas personas»³⁹; sobre el Santo Sepulcro, se nos revela que «hay cincuenta lámparas que los latinos mantienen las limosnas. E los mercaderes de Jerusalén dan óleo»⁴⁰; en la huerta del bálsamo, «todos cuantos allí hemos de hacer limosna»⁴¹, y, más tarde, también dejaban la voluntad en el lugar donde la Virgen lavó los pañales del Niño Jesús, en otra muestra de devoción a su infancia:

³⁵ A. Rodríguez-Moñino, *op. cit.*, p. 141.

³⁶ *Ibidem*, p. 144.

³⁷ *Urbs Beata Hierusalem*, *op. cit.*, p. 118.

³⁸ [A. del Castillo], *El devoto peregrino, y viage de Tierra Santa, compuesto por el padre fray Antonio del Castillo, predicador apostólico, padre de la provincia de S. Juan Bautista, comisario general de Jerusalén en los Reinos de España, y guardián de Belén*, Barcelona 1850, p. 381.

³⁹ A. Rodríguez-Moñino, *op. cit.*, p. 126.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 132.

⁴¹ *Ibidem*, p. 161.

E en aquel portal cubierto está una ventanilla como armario, dentro de la cual está una losilla; pareciome de jaspe morado, tan grande quanto un codo, el anchor de palmo et medio, sobre la cual se dice que lavó nuestra Señora los pañuelos et sabanillas del precioso hijo cuando pasó por allí *de transitu*; y otro tiempo estaba allí población et moró allí algún tiempo, porque después moró en El Cairo viejo, que está de allí tres leguas et no venía a lavar tan lejos estando a la ribera del Nilo. E allí está otra lámpara que gobierna el sobredicho hortelano et a todas dan limosna⁴².

También penetró la mirada de fray Diego de Mérida en las otras ramas del cristianismo que habían llegado a Oriente, en una buena muestra de *laetitia spiritualis* fruto del encuentro con el Paraíso Terrenal, que favorecía la tolerancia y apertura hacia las otras creencias⁴³. Sirva de ejemplo su entusiasmo ante la celebración del bautismo de Cristo:

Es de notar que cada año por la fiesta de la Epifanía vienen de todas partes del mundo de diversas naciones de cristianos a celebrar la fiesta del santo Baptismo a la orilla de Jordán. E vienen doce frailes de los del Monte Sión, como las otras naciones. Es aun de saber más, que la nuestra iglesia occidental no celebra la fiesta del Baptismo con aquella solemnidad que acá se celebra. ¡Maravilloso Dios, no es menos acá la fiesta del santo Baptismo que allá la fiesta del Corpus Christi!⁴⁴

La peregrinación de Diego de Mérida le llevó no solamente a estrechar su relación con Dios, sino que también profundizó con el infiel enemigo, apaciguando las tensiones con buena voluntad y soportando el peso de la humillación, pero saliendo victorioso y triunfal ante el envite al superar las limitaciones de la propia devoción cristiana. Es este particular aspecto el que sitúa *Viaje a Oriente* como un particular testimonio en el que convergen las diferentes ramas de las religiones abrahámicas en la figura de un humilde monje que, particularmente, prestó una notable atención a los musulmanes, que le correspondieron con respecto e, incluso, le permitieron llevar a cabo sus oraciones. Al mismo tiempo, el relato es reflejo del fenómeno sagrado de la geografía, que otorgaba a todos estos lugares una naturaleza divina que atraía a los peregrinos, sin duda convencidos de que se trataba del espacio geográfico indicado para obtener el favor divino.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ P. García Martín, «La Odisea al Paraíso. La peregrinación a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Rivera», *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, núms. 711-712, 2005, p. 572.

⁴⁴ A. Rodríguez-Moñino, *op. cit.*, p. 142.

Fuentes

Archivos

Biblioteca Nacional de España, Madrid (= BNE), mss. 10 883.

Memorias, relatos y documentos

- [Manuel de Acevedo], *Vida del taumaturgo portugués san Antonio de Padua, escrita en italiano por el abate don Manuel de Acevedo, natural de Coimbra; con noticias y observaciones críticas, sacadas de más de cien vidas del santo, y de los documentos originales y auténticos, que el autor ha leído para escribir esta; traducida al español por un devoto del santo*, Madrid 1790.
- [Antonio del Castillo], *El devoto peregrino, viage de Tierra Santa. Compuesto por el R. P. Fr. Antonio del Castillo. De la Orden de los Menores, Predicador Apostolico, Guardian de Belen, Padre de la Provincia de S. Juan Bautista, y Comissario General, que fue de Jerusalem, en los Reynos de España*, Madrid 1705.
- , *El devoto peregrino, y viage de Tierra Santa, compuesto por el padre fray Antonio del Castillo, predicador apostólico, padre de la provincia de S. Juan Bautista, comisario general de Jerusalén en los Reinos de España, y guardián de Belén*, Barcelona 1850.
- Luis de Granada (O. P.), *Sermones de tiempo*, vol. 8, trad. Pedro Duarte, Madrid 1791.
- Jacques Mislin, *La Tierra Santa. Peregrinación á Jerusalén, pasando por Austria, Hungría, Slavonia, provincias del Danubio, Constantinopla, Archipiélago, Líbano, Siria, Alejandría, Malta, Sicilia y Marsella*, Barcelona 1854.
- Juan Ochoa de la Salde, *Primera parte de la Carolea Inchiridion, que trata de la Vida y Hechos del Invictísimo Emperador Don Carlos Quinto de este Nombre, y de muchas notables cosas en ella sucedidas hasta el Año del 1555*, Lisboa 1585.
- Urbs Beata Hierusalem. Los viajes a Tierra Santa en los siglos XVI y XVII*, ed. Víctor de Lama de la Cruz, Madrid 2017.

Estudios

- Manuel Fuertes de Gilbert Rojo, «La religión de San Juan: de la pérdida de Rodas al asentamiento en Malta (1522-1530)», en: *La Orden de Malta en España (1113-2013)*, vol. 1, eds. Javier Alvarado Planas y Jaime de Salazar Acha, Madrid 2015, pp. 329-351.
- Salvador García, «Fray Diego de Mérida: un viajero español al oriente del siglo XVI», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año 4, 1968, pp. 119-137.
- Pedro García Martín, «La Odisea al Paraíso. La peregrinación a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Rivera», *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, núms. 711-721, 2005, pp. 559-580.
- Sergio González Rodríguez y Mark Smith, «El viaje... una metáfora de la alteridad», en: *III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G.*, Temuco 1998.
- Carlos G[racia] Villacampa, *Grandezas de Guadalupe. Estudios sobre la historia y las bellas artes del gran monasterio extremeño*, Madrid 1924.
- Imagen del mundo. Seis estudios sobre la literatura de viajes*, ed. Eloy Navarro Domínguez, Huelva 2014.
- Chad Leahy, «La retórica del deseo en los relatos de viaje a Tierra Santa», *Criticón*, núm. 128, 2016, pp. 85-101.
- María Luisa Martín Ansóñ, «Importancia de las reliquias y tipología de relicarios en el Camino de Santiago en España», *Anales de la Historia del Arte. Homenaje al Prof. Dr. D. José María de Azcárate*, núm. 4, 1993-1994, pp. 793-804.

- Emilio Menéndez Pérez, *Las rutas de la sal*, La Coruña 2008.
- Joseph François Michaud, *Historia de las Cruzadas*, trad. Gregorio Amado Larrosa, Barcelona 1855.
- Francisco Luis Rico Callado, «La *imitatio Christi* y los itinerarios de los religiosos: hagiografía y prácticas espirituales en la vocación religiosa en la España moderna», *Hispania Sacra*, vol. 65, núm. extra 1, 2013, pp.127-152.
- Jonathan Riley-Smith, *Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus*, Londres 1967.
- Juan Carlos Rivera Quintana, *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*, Madrid 2009.
- Antonio Rodríguez-Moñino, «Viaje a Oriente de Fray Diego de Mérida», *Analecta Sacra Tarraconensia. Revista de ciènces historicoeclesiàstiques*, núm. 18, 1945, pp. 115-187.
- Germán Rubio Cebrián, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, o sea: apuntes históricos sobre el origen, desarrollo y vicisitudes del Santuario y Santa Casa de Guadalupe*, Barcelona 1926.
- Charles Savona-Ventura, *Biographies : Ordo Sancti Lazari Hierusalem. Grand Maîtres, Protecteurs & Administrateurs*, San Gwann 2016.
- José de Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, vol. 2, Madrid 1907.
- André Vauchez, *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*, trad. Paulino Iradiel, Madrid 1985.
- Juan Luis Vives, *De institutione feminae christianae liber primus*, eds. Charles Fantazzi y Constant Matheussen, trad. Charles Fantazzi, Leiden 1996.